

SERGIO PITOL, EL VIAJE COMO RETORNO*

Ana García Bergua

Viajero incansable, no solo porque como diplomático vivió y conoció Italia, Checoslovaquia, Polonia, Francia, Inglaterra, la antigua URSS, Cuba y muchos otros países, sino porque también fue un viajero del idioma, traductor de múltiples lenguas.

Al comienzo de los años sesenta, Sergio Pitol decide alejarse literal y literariamente del Veracruz del que parten sus vida y sus primeras narraciones. Sin embargo, los distintos periplos que realizará a lo largo de su madurez le traerán, como un eterno retorno, la memoria de la infancia.

Quizá uno de los ejemplos más claros de lo que representa este eterno retorno en la obra de Sergio Pitol se encuentra en el capítulo final de *El viaje*, donde él, a partir de su experiencia en los baños de un restaurante en la Georgia aún soviética donde los comensales conviven mientras defecan en público, se reencuentra con su propia infancia. Encuentro del viaje con la memoria y con la obra, pues de él surgen también la trama, los personajes y el impulso para crear lo que será *Domar a la divina garza*. De la misma

manera, en *El arte de la fuga* encontraremos las claves y las señas que desembocaron en *El desfile del amor*, amén de otra revelación, esa vez debida a la hipnosis: la escena en la que presencia, niño aún, la muerte de su madre. Es decir que el viaje representa en Sergio Pitol un alejamiento que sin embargo lo retrotrae a lo más profundo de sí mismo, a la niñez, la memoria, el pozo del que surge todo.

Viajero incansable, no solo porque como diplomático vivió y conoció Italia, Checoslovaquia, Polonia, Francia, Inglaterra, la antigua URSS, Cuba y muchos otros países, sino porque también fue un viajero del idioma, traductor de múltiples lenguas, en la obra de Sergio Pitol sus recorridos por distintas ciudades tienen un papel central. Así, es muy difícil, si no imposible, separar como quizá podríamos hacer en otros autores, la obra y la vida, la creación y

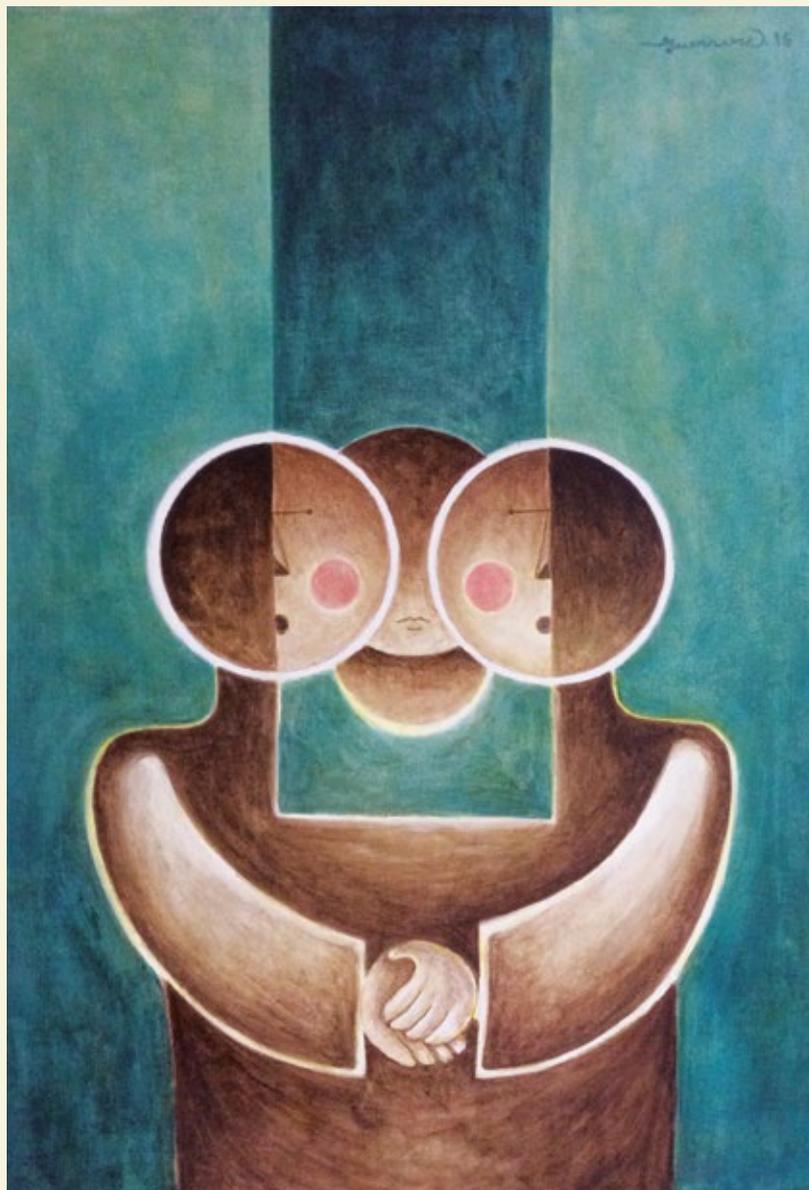
la memoria, porque en Sergio Pitol el lenguaje lo es todo, como bien dice él en *El mago de Viena*. A estas instancias –vida, obra, memoria– en perpetua y laberíntica retroalimentación, se añaden la dimensión del viaje, los sueños y las lecturas que alimentan al escritor y su obra. El genio de Pitol las entreteje todas en su prosa, especialmente en sus tres libros que podríamos llamar ensayísticos, aunque también son narrativos: *El viaje*, *El arte de la fuga* y *El mago de Viena*. A la luz de estos no es difícil encontrar también en su obra narrativa, especialmente en las novelas del *Tríptico del Carnaval* esta ebullición de un espíritu trashumante que busca en el lenguaje su plena expresión. Como señala el propio Pitol en “Viajar y escribir”, uno de los ensayos que conforman *El arte de la fuga*, “Los momentos de excepción en la literatura se producen cuando el autor, sea cual sea el curso que siga al iniciar una obra, logra sumergirse en las corrientes profundas del lenguaje para, de esa manera, perder sus propias señas de identidad.”

Sergio Pitol se sienta en una terraza frente al castillo de Praga y comienza a escribir *El desfile del amor*, luego de que la poderosa alquimia de la memoria, los encuen-

tros –afortunados y no tanto–, la fabulación perpetua que realiza como diversión con sus amigos Monsiváis y Luis Prieto, van entretejiendo un tapiz novelístico. El escritor pierde las señas de su identidad porque esta lo abarca todo y se convierte en literatura. Como cuando dice en *El viaje*, hablando de los rusos: “Las preocupaciones del excéntrico son diferentes a las de los demás, sus gestos tienden a la diferenciación, a la autonomía hasta donde sea posible de un entorno pesadamente gregario. Su mundo real es el interior”.

A fin de cuentas, el viaje es siempre interior. Por más turísticos que sean nuestros paseos, los desplazamientos mueven en nosotros fuerzas subconscientes, la memoria cambia sus fichas cuando se modifica la noción del tiempo. Hay un fondo proustiano en todo esto, un recuperar la vida en cada página, entrar y salir del mundo de las bambalinas al mundo de la representación literaria con una naturalidad que apasiona y sorprende. “En mi experiencia personal, la inspiración es el fruto más delicado de la memoria”, dice en *El mago de Viena*. Más adelante señala: “Veo mi pasado como un conjunto de fragmentos de sueños no del todo entendidos”. Un elemento importante en este mundo memorioso es la enfermedad como motor de la memoria, como meditación obligada, también como punto de partida a otros viajes para encontrar la curación de médicos diversos, a los que el autor confiesa entregarse con fe casi infantil. El cuerpo y sus vicisitudes –y en las novelas de Sergio la enfermedad y la escatología ocupan un lugar notable– son parte de este mundo trashumante.

Así como en sus novelas aparecen y desfilan personajes de toda laya, surgidos de aquel fondo interior, misterioso y libresco, en sus



Multi-personalidad

libros de ensayos circulan entradas de antiguos diarios, como el ejemplar diario moscovita que culmina en la mencionada escena escatológica en Tbilisi, Georgia, en *El viaje* o ficciones como la del famoso mago al que alude *El mago de Viena*, o aquella portentosa historia surgida de un viaje con el escritor Enrique Vila-Matas. Desfilan también Gógol, Gao Xingjian, Thomas Bernhard, Monsiváis, Henry James, Thomas Mann, Joseph Conrad, Chéjov, Evelyn Waugh,

el gran Sterne, entre tantos otros autores, y también Coyoacán, Colombia, Moscú, las ruinas de Pompeya, la obra del autor revisitada, observada desde el ángulo de lo presente y en el contexto en que fue escrita.

En estos libros la prosa diestramente hilada hace que de una cosa a otra surjan oscuridades, momentos magníficos, melancolías profundas. En aquello que contiene la memoria podemos entrever un poco del misterio que represen-

ta el talento artístico, el fondo de la obra que en la memoria va haciendo su nido a lo largo de la vida. Si bien Sergio Pitól en sus novelas y cuentos cultivaba ya este género de prosa mixta, de tejido abierto al que se incorporan todo tipo de personajes y digresiones, en sus libros de ensayo el entramado resulta apasionante, tanto como sus novelas con aquellos personajes que surgen de la nada y luego desaparecen dejando más preguntas y dudas que certezas. “La escritura, muy a menudo, y todo autor lo sabe aun sin proponérselo, rescata zonas poco visitadas, limpia los lugares deseados de la conciencia, lleva aire a las zonas sofocadas, revitaliza todo lo que ha empezado a marchitarse, pone en movimiento reflejos que uno creía ya extinguidos”. A fin de cuentas, también, recordar es viajar y es escribir.

Leer a Pitól es un viaje en el que los mundos se construyen conforme avanzamos por ellos. Sus libros son como cajas chinas que indagan en los mecanismos de la narración –no de balde fue el traductor de *El buen soldado* de Ford Madox Ford– para mostrarnos esas historias que son como enormes barcos desarmados, o como esos juguetes de madera que se desdoblán y se vuelven a armar. Las diferentes capas de sus cuentos se sobrepone unas a otras y se comunican de maneras extraordinarias. El escritor viajero recorrió sus pasos una y otra vez para entregarnos algunas claves de sus libros: las lecturas, los afanes y las circunstancias muchas veces novelescas que los inspiraron, como el personaje verdadero que dio carne

a Billie Upward. Sergio Pitól despierta siempre en el lector la entrega de quien va a recibir un cuento, una ficción –nos va tentando a lo largo de los textos con tramas escritas o planeadas– y en ese estado recibimos también, de manera teatral y prodigiosa, los apartes y las revelaciones del maestro de ceremonias, como escribió en *Una autobiografía soterrada (ampliaciones, rectificaciones y desacralizaciones)*: “En fin, sobre cualquier tema que escribo logro introducir mi presencia, me entrometo en el asunto, relato anécdotas que a veces ni siquiera vienen al caso, transcribo trozos de viejas conversaciones mantenidas no solo con personajes deslumbrantes sino también con gente miserable...”

En este libro, quizá el último, se suceden cinco textos escritos a partir de la relectura de sus libros para la edición de su *Obra reunida* por el FCE, a los que se suma un diálogo con Carlos Monsiváis. Aquí Pitól pasea por sus cuentos, sus novelas, sus libros de ensayo, como si nos llevara por los corredores de sus pensamientos, sus lecturas, las películas y los recuerdos, su taller interior, o como él diría, su carpintería literaria. Chéjov, Gombrowicz, Gógol, Reyes, Borges, Dickens, James, entre tantos espíritus tutelares, presiden este periplo que es como todas las obras de Sergio Pitól: una mezcla de delicia, inquietud y revelación pospuesta. “En mis narraciones soy más bien un personaje enmascarado, que se mueve en los corredores, un observador de las tramas para despejar las oscuridades de la obra o encaptarlas más: dejémoslo así”.

En el diálogo con Monsiváis, Pitól se refiere a los personajes excéntricos, cómicos y angustiosos a la vez, que habitan su obra: “Las dictaduras y la opresión los producían; ser raro era un camino a la libertad”. Extrapolándola, la frase se podría aplicar también a Sergio Pitól: Sergio fue un escritor raro, interesado en la farsa y la deformación, en la caída patética y grandilocuente de sus personajes. En ellos encontró la correspondencia entre los vericuetos del alma esclava, las intensidades de la literatura sajona y la pasión misteriosa por la muerte que anida en los mexicanos: una mezcla de orgullo, vergüenza, amor y deseo retorcidos, un viaje, también, por el trasfondo humano, lo que le permitió esa libertad que solo pertenece a quienes desbrozan un camino absolutamente personal y se entretienen en él: las estrellas que los guían son propias y están en otro universo donde nadie más podrá imponer las reglas. “Instalo en el relato una ambigüedad y una que otra pista, casi siempre falsa. Necesito crear una realidad permeada por la niebla...” **LPyH**

*El presente texto fue leído en la mesa “El viaje como eterno retorno” durante la Feria Nacional del Libro Infantil y Juvenil del Ivec.

Ana García Bergua es narradora, autora de novelas, libros de relatos y crónicas. Premio Sor Juana Inés de la Cruz por *La bomba de San José* y Premio Bellas Artes de Narrativa Colima por *La tormenta hindú*.